CONQUISTA UN CUARTEL

UNA bala traspasó el sombrero del Patrullero Embozado.

Desde hacía algún tiempo no se hablaba de otra cosa en el Noroeste que de las hazañas del Patrullero Embozado, oficial de patrulla sindicado de robos y asesinatos. Su acusador era el inspector Wadham perteneciente al cuerpo de Patrullas y aliado a una banda de malhechores.

Tomás Lorigán, el Embozado, notando los malos manejos del inspector, se había propuesto desenmascararlo. Esta fué la causa de su desgracia. Wadham, malicioso y astuto, le tomó la delantera, obligándo al patrullero honrado a hacer la vida de un proscrito errante y perseguido por la policía.

Acosado de cerca por la tropa de Wadham, Lorigán se ocultaba entre las zarzas en lo alto de una quebrada.

—Entrégate, Patrullero Embozado — gritó un centinela—. No tienes caballo y te perseguiremos como a una rata.

El Patrullero permaneció silencioso, protegido de las balas que subían de la quebrada por las rocas y breñas.

—Rindete, Embozado — repitió el patrullero—. No puedes escapar.

—¿Sí? — gritó Tomás, levantando la cabeza.

¡Crac! una llamarada. El silbido de una bala. Un grito del Embozado. Medio se levantó éste para caer en seguida y rodar al abismo. Azotó la cabeza en el suelo y quedó inerte.

—Buen tiro, Roco. ¡Qué gustazo tendrá el inspector! Pero la recompensa de los mil dólares será para nosotros.

Los dos patrulleros se acercaron al herido, inmóvil sobre la hierba.

—Trae los caballos, Sam — dijo Roco—. Lo llevaremos a Priceleigh y pediremos la recompensa.

Sam fué en busca de los animales, en tanto que su compañreo se inclinaba sobre el cuerpo del Embozado. ¡Qué sorpresa aguardaba a Roco!

El desmayado se irguió y le asestó una bofetada en la mandíbula. Inmediatamente le puso una mano en la boca y con la rodilla al pecho le sostenía en el suelo.

Todo había sido una estratagema del Embozado. Después de hacer bien sus cálculos y estudiar el terreno, fingió la herida y el desmayo.

—A mí no me cazan tan fácilmente, — decía, mientras metía un pañuelo en la boca del centinela y le ataba las manos a la espalda con tiras de su propia camisa.

—Ahora te quedas aquí, Roco—. Tu compañero te libertará muy pronto.

Sacó su pistola y se encaminó hacia el sitio donde estaban los caballos.

Sam, ocupado de arreglar las monturas, sintió de pronto algo que le empujaba por la espalda.

—Manos arriba, Sam — dijo el Embozado—. No quiero herirte. Apártate de los caballos y nada te pasará.

—¡El Patrullero Embozado! — murmuró Sam, lívido de espanto.

—Como lo ves. Ahora quiero los caballos. Los dos. ¿Entiendes?

Sam se apartó y vió al Embozado montar a caballo y llevar al otro de la brida, sin dejar de apuntarle con la pistola.

—Hasta la vista — murmuró, echando a correr.

Por las conversaciones que había escuchado a los centinelas, sabía que el inspector Wadham, mandaba preso a un individuo llamado el Rucio. Pertenecía el Rucio a la banda de Wadham, pero éste, desconfiando de él, le había hecho prender.

—Le robaré al prisionero y le haré cantar — resolvió el Embozado.

La comitiva de Wadham, llevando al prisionero, no iba lejos. De pronto, uno de los patrulleros descubrió un jinete solitario.

—Mira, Carter. ¿Quién será? Cuando menos el malvado Wadham ha cambiado de parecer y viene a acompañarnos.

Carter y Flany llevaban al medio al prisionero, con encargo expreso del inspector de no dejarle escapar. El jinete se aproximaba a galope tendido y ya podían distinguir su figura.

—El... el Embozado — balbuceó Car-

—EL PATRULLERO EMBOZADO— exclamó el guardia...

ter—. ¡Truenos! — añadió, echando mano al cinto. Pero llegaba algo semejante a un terremoto. El caballo del Rucio recibió una feroz topada y partió desenfrenado, seguido por el Embozado.

Los patrulleros, pasmados, disparaban, hostigaban a sus cabalgaduras, sin lograr alcanzar a los fugitivos que desaparecieron en una hondonada.

Cuando cesó el peligro de la persecución, Lorigán alcanzó al bandido y cogió la brida de su caballo.

—Sé que eres un coyote, traidor. Que en cualquier momento me traicionarías — dijo el Embozado—. Pero ahora eres mi prisionero y no te dejaré escapar.

El cobarde bandido murmuró disculpas y no hizo intento de escapar.

La pareja llegó a la aldea de Postly, cuyo cuartel de policía era uno de los más pequeños del Noroeste. En aquel día había sólo dos patrulleros de guardia. Hacia allá se dirigió el Embozado.

—Oiga, patrullero — gimió el prisionero—. ¡No me ha salvado para meterme preso!

Por toda respuesta, el patrullero saltó del caballo, bajó al Rucio de un jalón y le colocó esposas en las muñecas.

Era el amanecer y nadie se movía en la aldea. Tomás ocultó los caballos y caminó con su prisionero hasta la puerta del cuartel.

Escribió un cartel que decía: **«Un regalo del Patrullero Embozado»**, y lo prendió al pecho del ladrón. Luego lo empujó dentro de la empalizada y él se ocultó a corta distancia y aguardó.

No fué larga la espera.

—¡Cuernos de la luna! — oyó decir a álguien. —Este condenado galeote del Embozado ha estado aquí. Jim, ven, nos ha dejado un prisionero. El Rucio, conocido gangster.

El Embozado sonreía. De antemano sabía lo que iba a acontecer. Vió a los patrulleros quitar las esposas, que, siendo las ordinarias del cuerpo de policía, abrieron con llave maestra. Les vió entrar al cuartel.

Llegaba el momento de salir del escondite y penetrar tras de los patrulleros a la boca del lobo. Con la pistola en la mano, traspuso el umbral y siguió quedamente por el pasaje de los calabozos.

Cada patrullero llevaba al prisionero de un brazo, éste luchaba por zafarse. Los tres, en esta pelea, entraron al calabozo.

La puerta se cerró por fuera y sonó la cerradura. Preso y patrulleros quedaron bajo llave.

—¡Truenos! — rugió uno de los patrulleros—. Nos han cazado.

—Calma, — aconsejó el Embozado—. He elegido esta prisión para mi cuartel general, pero ustedes estarán bien atendidos.

Cuando los habitantes de Postly Pass despertaron encontraron grandes novedades. Todos los caballos que se encontraban fuera del Salón Lagarto Verde habían desaparecido. El Embozado los tenía acuartelados en su fortaleza.

—Los malditos patrulleros estarían durmiendo mientras vinieron los cuatreros — gruñó el posadero—. Vamos al cuartel a despertarlos.

Una comisión de matones se acercó al cuartel. Frente a la empalizada les aguardaba una sorpresa descomunal. Clavado en las tablas, había un cartel que decía:

AVISO

....«Este cuartel ya no pertenece a la policía. Tendrá un sólo patrón que regirá esta población, de ahora en adelante. Y ese soy yo. (Firmado). **EL PATRULLERO EMBOZADO».**

Entre tanto, el Embozado exponía su situación a los encarcelados.

—Ustedes me toman por un bandido — decía. —No lo soy. Wadham — que es el primer gangster de la región, aliado a Curro Birquete, me ha acusado porque comprende que yo, conociendo sus malos manejos, no podré tolerarlos. Por causa suya soy un proscrito. Pero he resuelto desenmascararlo y he elegido este cuartel para traer a toda la banda. Cuando llene los calabozos, el Noroeste cantará victoria. El Rucio pertenece a la banda y él podrá confirmar mis palabras.

—¿Es posible que Wadham pertenezca a la banda? — exclamó el patrullero.

—Tú, coyote, si quieres librarte — aña-

dió el Embozado, dirigiéndose al Rucio — tendrás que confesar todo por escrito y estos dos patrulleros servirán de testigos. Por eso te rescaté de tus aprehensores. Además poseo cartas de Curro Birquete que te comprometen bastante para mandarte a la horca.

—Confesaré todo — dijo, resuelto el Rucio—. Ese demonio tendrá que pagar por haberme hecho apresar.

—Perfectamente. Aquí tienen materiales para escribir — declaró el Embozado, pasando papel, tinta y pluma por entre las rejas. No podrán decir que es forzado. Aquí tengo pruebas y la declaración de este testigo, será, lo espero, una corroboración de mis documentos y una prueba de que soy inocente de todos los crímenes que se me imputan. Siento tener que retener a ustedes, colegas, pero no hay otro medio. He telegrafiado a Curro Birquete, el conocido gangster, a nombre de Wadham, ordenándole traiga las pepitas de oro que robaron últimamente a un minero. Espero ocupar una celda con Birquete y restituír el oro a su dueño.

Mientras el Rucio hacía su declaración por escrito, un jinete llegaba a las puertas del cuartel. El letrero había desaparecido. El jinete, sin sospechar nada, cayó en la trampa.

Curro Birquete, que no era otro el jinete, se desmontó y cruzó las rejas de la prisión. Inmediatamente se cerraron tras de él.

—¿Cómo te va, Curro? Encantado de verte.

Ante aquella voz tan conocida para él, el bandido miró hacia atrás. Dos pistolas en manos del patrullero Embozado le apuntaban.

—Veo que trajiste el oro — continuó el Embozado—. Muy bien, Curro, pasa adelante. Te tengo un buen alojamiento.

Curro temblaba de rabia, pero ni siquiera intentó resistir.

—Ya tengo a dos pájaros de cuenta. Tras de su lugarteniente general, vendrá el más malvado de todos los bandidos del Noroeste — murmuró el Embozado.

Resuelto a permanecer dueño del villorrio de Postly Pass, el patrullero Embozado se estableció definitivamente en la prisión, teniendo cuidado de que sus prisioneros fueran bien alimentados y atendidos con esmero.

—Parece que ya llegó el fin de mi tarea — decía Tomás Lorigán—. Pero suceda lo que suceda, no descansaré mientras el miserable Wadham no quede en descubierto.

Tendremos, pues, lugar a ver otras hazañas del más sagaz y valiente de los patrulleros.

LA MAMA CHAYO.

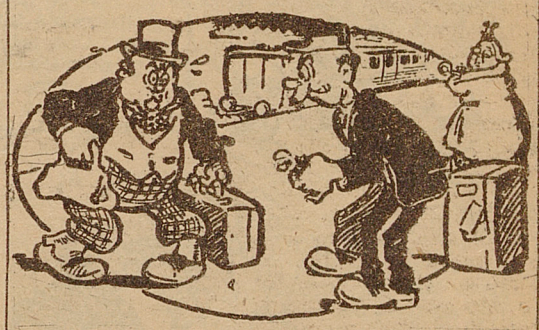
PREMIOS A LOS MEJORES COLABORADORES DEL N.o 1348

El premio un ejemplar de la Novela, «Flor Silvestre», de Roxane, queda vacante por esta semana.

Un premio de $ 5.— a Buck por su poesía «La muerte del Cisne».

Otro premio de $ 5.— a Odaglas por su colaboración «El último reportaje».

METIO LA PATA



EL PORTERO DEL HOTEL.—¿Es usted Cayoso, señor?

DON JUAN PRINGUE.—No; son los juanetes los que me hacen andar así.

Use sólo película

ISOCHROM

o

STANDARD.

Agfa

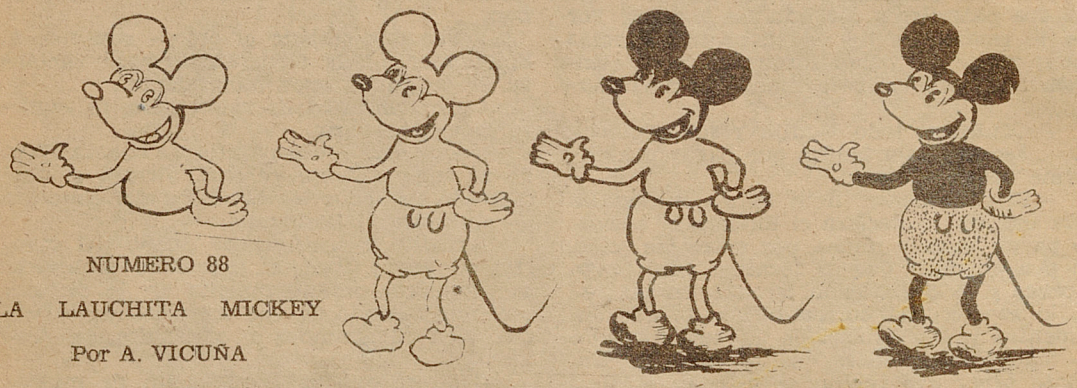
CURPHEY Y JOFRE LTDA.

AHUMADA 200.

OPTICA TSCHUMI

ESTADO, esquina HUERFANOS.

LECCIONES PRACTICAS DE DIBUJO



NUMERO 88

LA LAUCHITA MICKEY

Por A. VICUÑA

Con este dibujo terminamos este concurso.

Gran Concurso de PROVERBIOS

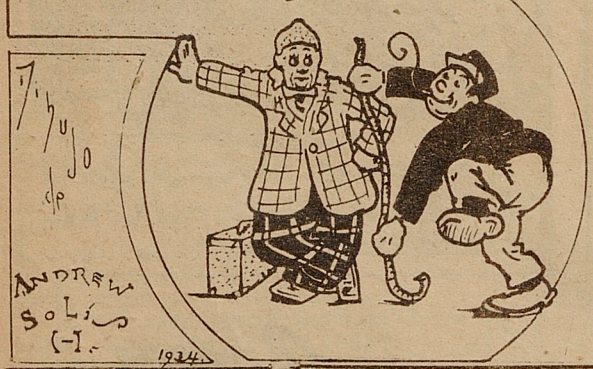
NUMERO 68

Por SOLIS

Este gran concurso de ingenio consiste en adivinar el proverbio que representa el dibujo.

Daremos un premio de $ 5.— a cada dibujo publicado y además se sortearán dos premios de $ 5.— cada uno entre los solucionistas.

Adivinen, pues, queridos lectorcitos, qué significa este dibujo.



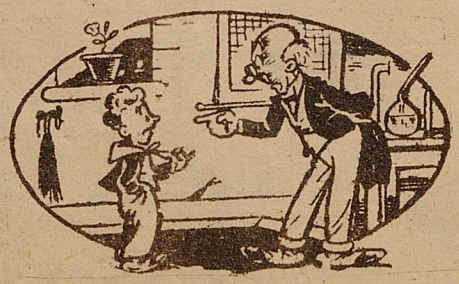
CONCURSO DE PROVERBIOS NUMERO 65.

Solución:

No hay que meterse en camisa de once varas.

Entre los solucionistas exactos se sortearon dos premios, correspondiendo $ 5.— a María Elena Villar, de Osorno, y $ 5.— a Aldo Ballarini, de Santiago.

CUANDO EL LO DICE...



—¿Cuántos son ustedes?

—Tres. Dos hembras y un macho. Yo soy el macho.

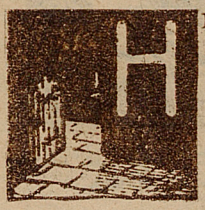
GRAN NOVELA de ambiente histórico.

LEYENDA MEDIEVAL DE INTENSA DRAMATICIDAD

RESUMEN.— Herne, el Cazador ha jurado vengarse de Rochefort y March, quienes traicionan al rey del cual son los favoritos. El maravilloso fantasma salva a la familia Longcoat de la horca y entra al palacio de Enrique VIII desafiándole en sus departamentos privados. La morada de Herne, el Cazador, se encuentra en los bosques de Windsor y se penetra a ella por una encina gigantesca. Los arcabuceros del rey rodean a Herne, pero éste desde la alta encina recibe impune las balas y salta un ancho foso seguido de sus negros mastines.

CAPITULO TERCERO

Funesto banquete



HERNE EL CAZADOR había pasado a ser la pesadilla de Enrique VIII.

Después de su derrota y aconsejado por sus favoritos, el conde March y Rochefort, el Rey, decidió redactar un edicto poniendo a precio la cabeza de sus enemigos.

Los heraldos salieron por todo el país leyendo por campos y ciudades el siguiente edicto:

> «Cien barras de oro del tesoro del Rey, « serán obsequiadas a la persona que aprí- « sione a Herne el Cazador; y cincuenta « barras a quien capture a los siguientes « traidores: Juan Desartes, conde de Mor- « nington; Ricardo Hotham, Tomás Long- « coat, su mujer y sus hijos Tomás, Eduar- « do y Juana. Quien ampare a esos traido- « res sufrirá torturas y descuartizamiento.
>
> ENRIQUE VIII».

Simón Rochefort encontró al comandante de los guardabosques dirigiendo la corta de leña en el bosque.

—¿A dónde se dirige Ud. mi capitán? —preguntó Neil a Rochefort.

—Al castillo de Mornington — dijo Rochefort —. Su Majestad me lo ha obsequiado y fijaré mi residencia allí. El rey y su corte irán esta noche a cenar conmigo en ese castillo.

El edicto del rey, con la recompensa ofrecida, se veía blanqueando en todos los árboles del bosque.

—Le cogeremos — decía Rochefort a sus arcabuceros mientras seguía su camino hacia el castillo de Mornington.

De pronto uno de los soldados divisó a lo lejor a Herne el Cazador arrancando con su espada los edictos reales.

—Mi capitán — gritó el arcabucero — allá diviso al diabólico enmascarado.

Rochefort emprendió veloz carrera tras de Herne el Cazador.

—Se ha desmontado — dijo uno de los soldados —, veo al negro corcel cerca de una encina.

—Hemos pillado al bandido en su madriguera — declaró Rochefort aproximándose al animal que parecía amedrentado.

Rochefort pretendió coger por la brida el caballo de Herne; pero en ese instante voló una lechuza que se hallaba posada sobre un gancho de la encina y con sus alas golpeó el rostro de Rochefort. En seguida dos enormes mastines negros mordieron las patas de los caballos de la guardia real, alborotándolos y obligándoles a huir en desorden.

Por el tronco de la encina surgieron los cuernos de venado y luego apareció la diabólica figura del legendario Cazador.

Saltando de rama en rama, Herne llegó hasta el sitio donde se hallaba su negro corcel. Fué obra de un instante montar sobre su lomo y emprender una carrera desenfrenada dejando tras de sí un insoportable olor a azufre.

—A él, soldados — gritó Rochefort.

Los arcabuceros reunidos otra vez en perfecto orden, persiguieron por bosques y lomas al Cazador hasta que le perdieron de vista.

Rochefort, vencido y furioso dijo a su tropa:

—Prohibo que digáis que nos hemos encontrado con Herne el Cazador. Si alguno de Uds. habla le haré cortar la lengua.

—Pero, ¿qué responderemos—argumentó un soldado —, si el Rey protesta porque han desaparecido los edictos reales de todos los árboles?

—Dirán que se los llevó el viento — replicó Rochefort.

Simón Rochefort llegó con un atraso de hora y media al castillo de Mornington. El falso conde March le aguardaba impaciente en la escalinata del magnífico palacio.

—Tú salíste del castillo de Windsor dos horas antes que yo — exclamó March —. ¿Dónde has estado?

—Con el mismo diablo — replicó Rochefort, desesperado —. Herne se me atravesó en el camino; pero todos deben ignorarlo, porque si lo sabe el Rey, su ira caerá sobre nuestras cabezas.

—Rochefort — dijo March a su cómplice—, comienzo a temblar ante ese diabólico fantasma. Tal vez no debimos apresurarnos a despojar de sus tierras al conde Mornington, y menos todavía a invitar al Rey a un banquete en este castillo. ¿Qué te propones con la venida de Enrique VIII aquí esta noche?

—No comprendo tu preocupación — murmuró Rochefort.

—Déjame explicarte — prosiguió March —. Cuando llegué aquí, descubrí que todos los criados de Mornington habían desaparecido y también la vajilla de oro que tú codiciabas, los cristales, ánforas y vasos. ¿Quién preparará la comida?

—Envía mensajeros a Windsor y ordena que vengan los cocineros, mozos y pajes con todo lo necesario — replicó Rochefort —. El Rey piensa dormir aquí esta noche. Mis soldados pueden acompañar a los mensajeros y traer a la servidumbre.

Los preparativos se efectuaron tal como lo había sugerido el conde March y el banquete se organizó sin contratiempos.

—Me habéis preparado una opípara cena— decía el rey a sus dos favoritos.

—Y os hemos salvado de un traidor — respondió Rochefort —; el conde Mornington ha hecho alianza con Herne el Cazador y pretendía destronaros.

—Sire — agregó el conde March —, es preciso que nos deis plenos poderes para perseguir a esos traidores.

HERNE EL CAZADOR saltó sobre la mesa del banquete, espada en mano.

—Os los he dado — dijo Enrique VIII —; pero aun no le capturáis. Supongo que ese demonio no se encontrará oculto en este castillo.

—No, Sire —, replicó Rochefort —; desde temprano nuestras tropas rodean las fortalezas y resguardan todos los puentes.

—Bien — exclamó el Rey —, que vengan esos faisanes y esos jamones. Tengo un hambre de perro de presa.

Una procesión de cocineros y mozos entraba a la gran sala, con apetitosos guisos.

—¡Ah, ah!, qué buen olor — dijo el Rey, glotón.

Pero en el momento que los criados colocaban las fuentes, un rayo de luz iluminó el pasaje, de la cocina, como si por él penetrara el sol de mediodía y la figura de Herne el Cazador pareció salir del muro de piedra.

De un salto se trepó sobre la mesa del banquete, espada en mano.

Su risa diabólica llenó el espacio y los criados temblando de miedo volcaron las fuentes y huyeron despavoridos.

Herne el Cazador atacó a los más valientes, obligándoles a retroceder hasta las cocinas del palacio. Ni un cocinero, ni un paje se atrevió a desobedecerle. Efectuada su hazaña, Herne el Cazador desapareció.

Lívido y furioso Enrique VIII echó atrás su silla y daga en mano se dirigió a la puerta.

—March y Rochefort —ordenó el Rey —, cerrad las puertas y haced levantar los puentes del castillo. Encerraremos a ese demonio y le buscaremos hasta en las hendiduras de los muros. Tráiganme una ballesta...

Enrique VIII se colocó en una puerta, mientras March y Rochefort daban órdenes a los soldados. Sólo se oía el rumor de las armas y armaduras de arcabuceros, lanceros y espadachines.

—Allí viene — gritó de pronto March y en el acto disparó su pistola contra Herne.

La explosión del arma sólo provocó la risa diabólica del enmascarado, quien saltó por encima de la cabeza del Rey, entró a la sala del banquete y cerró tras él la puerta. Los cortesanos trataron de alcanzarle; pero Herne apagó, una a una, las bujías de cera que iluminaban la sala y quebró cuanta espada se oponía a su paso.

Después de una búsqueda infructuosa, Enrique VIII ordenó que ensillaran su caballo.

—Cuando vine a cenar contigo, Rochefort —dijo el Rey al capitán de su guardia —, no creí que iba a quedar privado de alimento. Estoy por creer que has hecho alianza con Herne el Cazador.

—Si su Majestad cree tal cosa — respondió el farsante capitán — haga cortar mi cabeza.

—Tal vez lo haga — replicó el Rey —, si no consigues aprisionar al Cazador.

Cuando el Rey se alejó rodeado de su escolta, Rochefort dijo a March:

—¿Qué hacemos ahora, Godofredo?

—Aprisionar a ese demonio — murmuró March — o perder el favor del rey.

—Capitán — acudió a decir un arcabucero—, las puertas de la sala del banquete están cerradas por dentro. Yo miré por el ojo de una llave y divisé a Herne el Cazador con todo su bando, recogiendo la vajilla de oro y guardándola en sacos. ¿Qué hacemos?

—Derriben las puertas — ordenó Rochefort.

Mientras los piqueros cogían sus hachas para derribar las macizas puertas, March y Rochefort miraban por las hendiduras a Herne el Cazador, sentado en la silla que poco antes ocupaba el Rey, dando órdenes a su gente.

Era una tropa de vagabundos harapientos que comían a dos manos los faisanes volcados sobre la mesa y bebían el vino de las ánforas de oro, que luego guardaban en grandes sacos.

EL REY se alejó, seguido de su escolta.

—Derriben las puertas — gritaban March y Rochefort pateando de rabia.

Cuando consiguieron abrirse paso hacia la sala del banquete, ésta se hallaba vacía de gente, de manjares y de vajilla.

—Godofredo — insinuó Rochefort — hemos perdido la batalla. Creo conveniente abandonar el castillo y volver a Windsor.

—¿Y encarar la furia del Rey? — protestó March —. Nuestra única salvación es permanecer aquí y probar que no le tenemos miedo a Herne.

Rochefort ofreció a su cómplice una jarra de vino; él también bebió hasta embriagarse y en seguida se retiraron a descansar a los dormitorios del conde Mornington.

Pero el descanso que buscaban se vió turbado rápidamente por una fuerte humareda y un insoportable olor a azufre.

March y Rochefort cogieron sus espadas y corrieron como locos escalera abajo.

—El palacio arde por los cuatro costados — gritaban los mozos, cocineros, pajes y soldados — no podemos bajar los puentes.

Rochefort estaba desesperado. El Rey le había obsequiado ese magnífico palacio y lo veía arder como pavesa.

—Huyamos por los fosos — dijo March.

Fué una desbandada frenética; algunos soldados caían desde los parapetos; otros, presas de un terror incontenible se ahogaban al saltar los fosos y sólo un pequeño grupo dirigido por March y Rochefort logró salir fuera del castillo.

De súbito se escuchó una siniestra carcajada

da en la torre más alta del castillo y Herne el Cazador, iluminado por torrentes de luz gritó a sus enemigos:

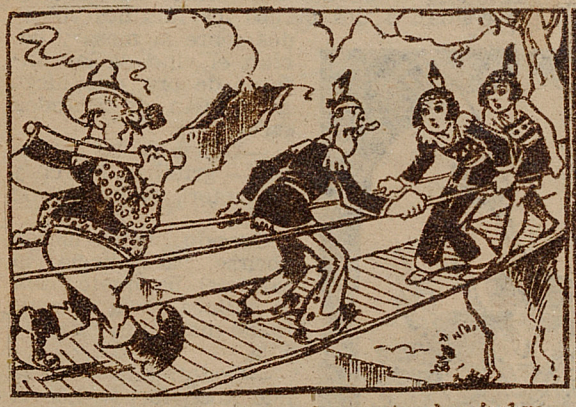
—Rochefort y March, vuelvan al castillo de Windsor; pero sepan que están condenados. Le han robado sus bienes a Mornington... Sin embargo, jamás entrarán en posesión de ellos.

Rochefort hizo la cruz al diabólico enemigo y le gritó desde lejos:

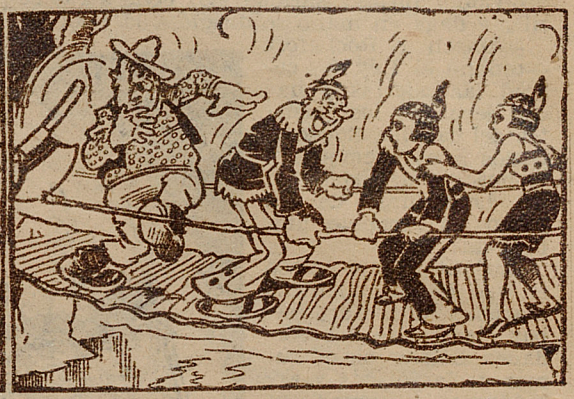
—Ya nos vengaremos.

(CONTINUARA).

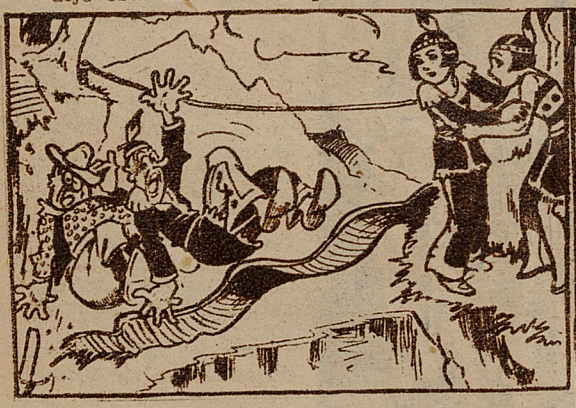
Aventuras de Amapola y Condorito



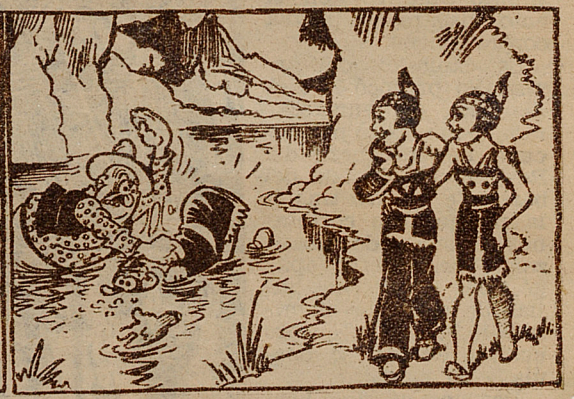
1. Cantando pasaban el puente de cimbra Amapola y Condorito, cuando Catrilao les salió al encuentro. —Ahora si que me la pagarán — dijo estremeciendo el puente.



2. Detrás iba el gordo Marcelino y se le sublevaron las malas pulgas. —Abran cancha — gritó. En la furia se le cayó el hacha y cortó el cordel. — Vamos Amapola.



3. Los indiecitos corrieron a la orilla y desde lugar seguro vieron a Marcelino y Catrilao que caían peleando e insultándose. —A tiempo nos libramos, Condorito.



4. —Mira como le llega al fome de Catrilao. Siempre anda con payasadas que le salen feas. —Ahora pasaremos por las piedras, Amapola — y siguieron su canción del Copihue.

PREMIOS DE LA SECCION PROBLEMAS DEL N.o 1346.

Un premio de $ 5.— a Sesso, por su dibujo «El Bombo».

Otro premio de $ 5.— a Mercedes Gatica, de Santiago, por solución a todos los problemas.

Un vale de $ 5.— canjeable en la Librería Universo, Ahumada 32 a Luis E. Díaz por solución a todos los problemas. El premio un TARRO DE ALIMENTO MEYER, que obsequia semanalmente la FABRICA DEL ALIMENTO MEYER a Alberto Garay por solución a dos problemas.

SORTEO de "El Peneca" efectuado el 15 de septiembre

María Elena M. Lange, con $ 50. (N.° 30992).

Juan Rivera, con una máquina fotográfica (N.° 29847) y Alejandro Carloguerea (N.° 17094) con una suscripción anual a «El Peneca».

Han sido cobrados los siguientes premios:

N.o 17094.—1 suscripción anual a "El Peneca", señor Alejandro Carloguerea, Casa Nacional del Niño, Providencia 1591, Santiago.

N.o 18982.—Con 3 pares de medias, señora Francisca H. de Avila, Antonio Varas 541, Santiago.

N.o 23040.—Con 15 madejas de lana, Inés Quiroga, P. Mariano 8, Santiago.

N.o 29847.—1 máquina fotográfica, Juan Rivera, Casa Nacional del Niño, Providencia 1591, Santiago.

N.o 30931.—Con 15 madejas de lana, señorita Ana Aguilera G., Santa Rosa 87, Santiago.

N.o 30992.—Un premio de $ 50.—, señorita M. Elena M. Lange, Bellavista 082, Santiago.

N.o 37513.—Con 15 madejas de lana, señor Sergio Leiva, San Francisco 620, Santiago.

N.o 12123.—15 madejas de lana, señor Osvaldo Hidalgo, Ramírez 426, Santiago.

N.o 12915.—15 madejas de lana, señorita Antonia Aguilar, San Pablo 2099.

N.o 15127.—3 pares de calcetines, señorita Ana Parejenovsky, Monte Carmelo 9, Santiago.

N.o 15262.—3 pares de medias, señorita Florinda Vargas, Chacabuco 991, Santiago.

N.o 16046.—1 máquina fotográfica, señor Julio Seguel, Marcos Macuada 1678, Santiago.

N.o 17892.—15 madejas de lana, señorita Marta Letelier, Oriente 1838, Población San Eugenio, Santiago.

N.o 20183.—15 madejas de lana, señorita Nana Illanes G., Providencia 1241, Santiago.

N.o 24443.—1 máquina fotográfica, señor Juan P. Velasco, Providencia 2184, Santiago.

N.o 25899.—15 madejas de lana, señorita Antonia Aguilar, San Pablo 2099, Santiago.

N.o 26452.—3 pares de medias, señor Osvaldo Hidalgo, Ramírez 426, Santiago.

N.o 26787.—1 suscripción anual a "El Peneca", señor Víctor Marín, Pedregal 35, Santiago.

N.o 32939.—1 lápiz mina, señor Luis Cristi G., Olivos 740, Santiago.

N.o 34590.—15 madejas de lana, señora María D. de Espinoza, Agustinas 584, Santiago.

N.o 37867.—15 madejas de lana, señorita Rosa Pávez, Bascuñán Guerrero 1703, Santiago.

PROTEJA SU DENTADURA

cuyo poder de limpieza está complementado con otras virtudes: neutraliza la acidez, elimina los microbios, perfuma el aliento y no raya el esmalte.

PASTA ESMALTINA

Quintín el Aventurero

1. El profesor Prewe, al oír voces, llegó al aposento. —No temas, Quintín — dijo, abriendo una estantería. Sacó un frasco y roció con el líquido que contenía a las serpientes. La muerte fué instantánea. —¡A dormir!

2. El profesor Prewe aconsejó a Quintín no hablar de lo acontecido y, después de dejar bien asegurado el tesoro, partieron todos a visitar las pirámides. Un guía les ofreció llevarlos a una nueva tumba y ellos aceptaron.

3. —Esto lo encontramos a la entrada — había dicho el guía Hassein, tentando a los viajeros, con una hermosa miniatura. —No es conveniente que entre Evelina — observó el profesor. —Veamos nosotros cómo está el camino.

4. —Perfectamente. Yo cuidaré los caballos — respondió la joven. Quintín y Prewe, con curiosidad de coleccionistas, entraron por la cavidad y Hassein volvió a sentarse al lado de la joven. —¿Quiénes vienen allá? — preguntó ésta.

5. —Son turistas — respondió el guía, señalando el grupo de jinetes que avanzaba en dirección a la tumba. —¿Vendrán a explorar esta tumba? —Hassein no sabe — respondió el indígena. El grupo de caballería se acercó.

6. Era Abu-Akbar que, deseoso de vengar la muerte de sus serpientes y de apoderarse del tesoro, había seguido a los excursionistas que guiaba uno de sus servidores. Uno de los jinetes saltó del caballo y cogió a la joven.

7. En vano luchó Evelina por zafarse. Los bandidos la amordazaron y la ataron. —Pronto, pronto — decía Hassein — los dos ingleses no tardarán en volver. Minutos después, la joven era colocada sobre uno de los caballos de los bandidos.

8. Uno de los bandidos montó a la grupa y otro cogió las riendas. La cabalgata partió a todo galope, desapareciendo entre las piramides. Evelina forcejeaba por dejarse caer, pero todos sus esfuerzos resultaron estériles.

(CONTINUARA).

La memoria se esfuma

Los *estudios, especialmente,* han consumido sus mejores energías y sus

¡EXAMENES PELIGRAN!

FITINOL es un medio salvador, por ser el verdadero alimento del cerebro.

PIDALO EN TODAS LAS BOTICAS,

FITINOL

GEKA M.R.

Fórmula: Compuesto de fósforo orgánico.—M. R.

EL PÍFANO MAGICO

RESUMEN.—La perversa hada Carabosa, sirviendo los intereses de la condesa de Rocanegra, ha raptado a su sobrina Falerina. Mónica, amiga de la desaparecida, obtiene del hechicero Sin Nombre, un Pífano Mágico, unos zuecos encantados y logra salvar a su amiga. Ambas caen nuevamente en poder de Carabosa, mediante la traición de Deodoro de Rocanegra.

CAPITULO XXII

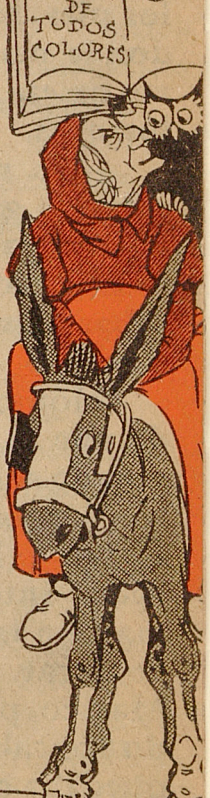
CARABOSA acababa de despojarse de su capa negra y de colgar en un clavo la cintura y el bolso de cuero, donde Mónica había deslizado el Pífano Mágico. Mónica se regocijaba ya con la idea de recuperar su talismán, cuando la hechicera se dejó caer en una butaca frente a sus prendas.

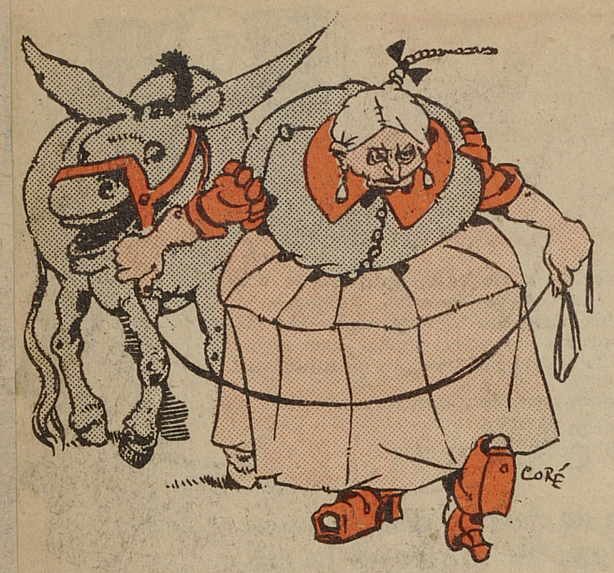
–Aguardaremos la ocasión–sopló Nina–. Pero, ya que no podemos llamar a Juan-Pedro, ¿por qué no tratamos de huir? Mira, Mónica. La puerta está abierta, Carabosa dormita. Mira que está horrible... y cómo ronca... Aprovechemos el momento.

A paso de lobo, las dos amigas llegaron al umbral. Las flores embalsamaban el aire. El sol brillaba y, allá, no muy distante, serpenteaba la ruta de la libertad. Corrieron...

Los dos mastines se precipitaron, mostrando los dientes. Ya no trataban de lamerles las manos, como hacía algunos instantes; sus intenciones eran feroces. Apenas si las jóvenes alcanzaron a retroceder hasta la sala que acababan de abandonar. Los mastines se habían convertido en bestias salvajes, sus ojos centelleaban, una espumaraja asomaba a su hocico abierto, como para engullirlas; los colmillos afilados las habrían triturado.

–La casa está bien custodiada–murmuró Mónica, cuando se encontró segura–. La hechi-





cera puede dormir a pierna suelta, segura de que no nos escaparemos–. En voz baja murmuró: –Voy a acercarme en puntillas al muro, ahora que está roncando.

Arrastrándose en la punta de los pies, Mónica se acercó al sitio donde pendía el bolsillo de cuero. En ese instante, la bruja abrió los ojos.

–Yo no duermo nunca, angelito – gruñó–. No sé lo que murmuraban en voz baja, pero te sentí acercarte. Sin duda pensabas asestarme un golpe... Retírate...

Mónica se apartó, satisfecha de que la bruja no hubiese adivinado sus intenciones. Se siguieron largas horas de cruel expectativa y llegó la noche. Varias veces intentó Mónica aproximarse a la muralla con el objeto de sacar del bolsillo el Pífano Mágico, pero la bruja, aun cuando roncaba, la sentía llegar.. No quedaba otra cosa a las prisioneras que irse a recostar en la covacha que la bruja les había señalado como dormitorio.

Imposible conciliar el sueño. Los perros aullaban como lobos hambrientos, produciéndoles terror. Al mismo tiempo, las preocupaba la idea de que Carabosa metiera la mano en el bolsillo y encontrase el talismán.

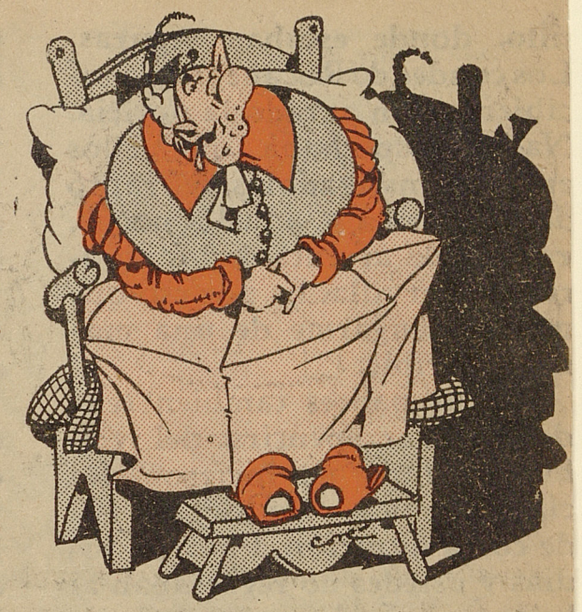
Se siguieron cuatro días y cuatro noches iguales. Nunca pudo Mónica meter la mano en el saco de cuero.

En la tarde del cuarto día, Carabosa se manifestó más animada. Abandonó la butaca y comenzó a pasearse por la habitación, frotándose las manos y murmurando palabras entrecortadas. Cuando el crepúsculo entenebreció la senda, llamó a sus prisioneras.

–Tranquilos, mis perritos– dijo a los animales que gruñían, inquietos.

Descolgó su capa y se abrigó, friolenta. Comenzaba a lloviznar.

–No llevaré el bolsón–murmuró, dejando el cinturón en el



clavo–; estaremos de regreso antes del amanecer.

El carromato aguardaba a la puerta y Said se mostraba impaciente por correr. Mientras Carabosa lo uncía al carro, Mónica y Nina permanecían inmóviles, custodiadas por los mastines.

–Antes de subir al carro, quiero hacerles algunas advertencias–dijo la bruja–. Escúchenme con atención, angelitos míos.

Falerina y Mónica temblaron. Aquella horrible mujer sólo pensaba en martirizarlas.

–Angelitos míos–prosiguió el hada–, el otro día fuí a hacer una visita a sus padres; describirles su alegría es imposible. Acababan de tener la noticia de que ustedes habían recobrado la libertad; que habían escapado de la perversa hada que las retenía cautivas. El joven Juan del Prado las había conducido a su cas-

illo, donde estaban seguras. Los condes de Rocanegra no recibieron con agrado la noticia. Nadie sospechaba que ellos eran los instigadores del rapto de su sobrina y, aquella noche, recibí una afrenta de los señores de Corvilla. Es por eso que quiero vengarme de una manera terrible.

–Tus padres también tendrán que arrepentirse del recibimiento que me hicieron–decía a Mónica–. Su alegría fué de corta duración. Pasaron los días y ustedes no regresaban al hogar, ni siquiera tenían noticias de sus hijas. Inquieto, el barón de Corvilla iba a partir, cuando Deodoro de Rocanegra se ofreció para ir a buscarlas. Ya saben cómo cumplió su cometido el digno hijo de mi aliada Apolonia.

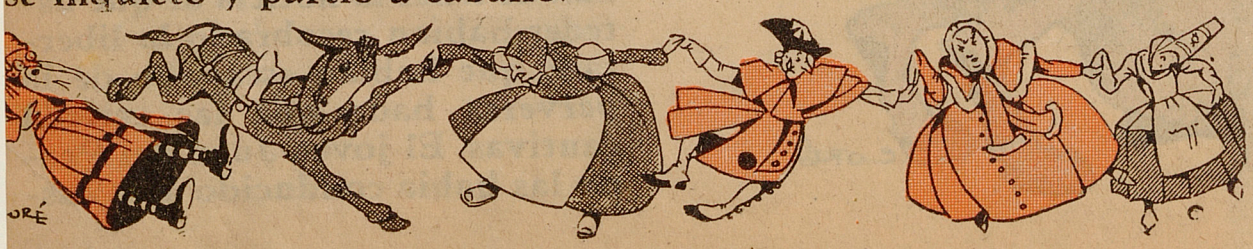
Falerina dejó estallar un sollozo.

–Eso no es nada–continuó, implacable, la hechicera–, falta el final de la aventura. Mi amiga Apolonia se trasladó a casa de sus primos y les habló en estos términos: «Primo mío, haz guardar la carroza... ya no la necesitas... No volverás a ver a tu hija. Mi hijo acaba de llegar del castillo del Prado. No viendo llegar a Falerina y Mónica, se inquietó y partió a caballo. Quería, a toda costa, traerles a su hija. Pero aquello no era ya posible. La hechicera se había vuelto a apoderar de las doncellas gracias a la traición de Juan del Prado. Ustedes saben que este joven es pobre como una rata; la bruja le ofreció un saco de escudos y él le entregó a Falerina y Mónica».

Falerina temblaba de emoción. Nunca se habría imaginado que existiera gente tan malvada como sus parientes. Carabosa gozaba con su triunfo y continuaba dando detalles de la traición de Deodoro y de la familia de Rocanegra. Los sollozos de ambas jóvenes interrumpían el relato y la horrible bruja reía a carcajadas.

–Ahora reina la desolación en el castillo y en la cabaña–prosiguió diabólicamente la vieja–. Yo quiero gozar de ese espectáculo... quiero verlo con mis propios ojos... pero no soy egoísta... quiero que ustedes me acompañen en mi jira. Ustedes que son las interesadas, tienen que ver lo que acontece en su propia morada. Arriba, pero antes, denme sus preciosas manos, quiero ponerles un anillo de hierro. A ver, Falerina... y tú, Mónica, alarga tu dedo...

(Continuará).



¿VICTIMA O IMPOSTOR?

CAPITULO X

EL mismo día en que Miguel de Alceval y Bati salían clandestinamente hacia el reducto indígena de los otábalos, Marcos Valle y el aviador Sergio Fermoz, llegaban a la hacienda de Simón Peralta.

—Yo traté de impedir la excursión de ese joven, — dijo Peralta al aviador, — y le insté a que se hiciera acompañar por algunos de mis servidores.

—¿Teme Ud. por su vida? — interrogó Marcos.

—Tanto como temer una desgracia no, — dijo el hacendado; — pero a veces los indios son belicosos.

—Qué mala suerte, — exclamó Marcos.

—¿Y qué dices de la mía? — interrumpió Fermoz —. Vengo a Colombia a ver a mi amigo Miguel y me dicen que está en Chile; voy a Chile y me dicen que se ha venido a Moroco. Le busco en su hacienda y descubro que ha emprendido viaje a la frontera ecuatoriana. ¿Qué nos aconseja Ud. señor Peralta? ¿Esperaremos hasta mañana para no perderle en el camino si Miguel regresa por otro lado?

—Consultémoslo con el tio Roberto, — insinuó Marcos.

—Sería una imprudencia, — declaró el aviador, — pues según nos ha dicho el señor Peralta, el señor Lunabella ignora que Miguel ha partido en tan peligrosa excursión y espera verle llegar de un momento a otro. Como se halla todavía delicado, yo creo que es conveniente que ignore nuestra llegada hasta que regrese Miguel.

Transcurrió el día y la ansiedad de Fermoz y de Marcos fué convirtiéndose en atroz angustia.

—Partamos, — suplicó Marcos al aviador, — tal vez Miguel se halla en peligro.

Por fin Fermoz decidió no aguardar más la llegada de Miguel y colgando su fusil al hombro emprendió la ascensión de la montaña.

¿Para qué has traído esa caja de fonógrafo? — protestaba Fermoz.

—Para conquistarnos a los indios, — repuso Marcos, — les tocaremos música y se domesticarán.

—A lo mejor sólo te servirá para tirár-

RESUMEN.— Miguel Alceval regresa de Colombia, después de diez años de ausencia. Sus primos le reciben con cariño; no así su abuelo materno, Roberto Lunabella, quien cree que Miguel no es su nieto, sino otro joven de su mismo apellido, pero no pariente de la familia Lunabella. Miguel trata de desvanecer el engaño producido por una carta de Bomard, el administrador de las haciendas que poseía en Colombia Leandro Alceval, abuelo paterno de Miguel. Roberto Lunabella vive con su nieto en la hacienda de La Rosa, sin reconocerle como tal. Días después llega la madre de Miguel y su hermana Malú; la dolorosa tragedia de Miguel se intensifica, porque su madre duda también de él. Sólo su hermanita Malú, que ignora su tragedia, es cariñosa con él. Al regresar de un paseo al lago, se descarga una tempestad y Miguel se pierde en el bosque con Malú, por lo cual es injustamente reprendido por su abuelo. Marcos Valle es culpable de esa reprensión. Inesperadamente Miguel escucha una conversación entre sus primos, referente a él, en la cual descubre el nombre de Bomard, su administrador en Colombia. Al saber Miguel el nombre del causante de todas sus desdichas, se dirige al escritorio de su abuelo y le ruega que le deje partir a Colombia con el fin de desenmascarar a su calumniador. Don Roberto decide acompañarle en su viaje. En el barco donde navegan Miguel es atacado por un desconocido, quien pretende arrojarle al mar. El joven se defiende y llegan sin contratiempos a Moroco. Allí Miguel sabe que Bomard ha partido de la hacienda y se la ha vendido al chino Li-Fu. Lunabella y Miguel deciden partir en busca de Bomard. Entretanto el aviador Fermoz, amigo de Miguel, llega a la hacienda La Rosa y se indigna al saber que la familia de Lunabella cree que Miguel es un impostor. El aviador decide ir en busca de Miguel y desenmascarar al infame Bomard. Entretanto Lunabella y Miguel llegan a Moroco y organizan una expedición a la frontera ecuatoriana. Sufren mil peripecias en la travesía de la selva y llegan a la hacienda de Simón Peralta. Lunabella visita la tumba del primo de Miguel y se convence de que el valiente joven es su nieto. Miguel Alceval en compañía de Bati, se dirige a un reducto de los indios otábalos.

—ESA CAJA DE FONOGRAFO es un estorbo—decía Fermoz a Marcos.

sela por la cabeza al primer ataque, — murmuró el aviador.

Dejamos a Miguel de Alceval y al indiecito Bati en la empalizada que rodeaba el villorrio indígena. Un gran clamor y el ruido de tam-tam y cornetines demostraban las intenciones belicosas de los centinelas.

Bati desapareció tras de una choza abandonada y Miguel empuñó su revólver pronto a defender su vida.

Pero el joven advirtió con sorpresa y alegría que los indios casi no podían tenerse de pie. Uno de ellos tropezó con una piedra y cayó a un metro de distancia; el que le seguía también tambaleaba como un ebrio.

Bati asomó la cabeza por un ángulo de la choza y dijo a su amo:

—Cufifos, como la parra, patroncito...

En efecto esos hombres eran sólo inofensivos borrachos que al ver llegar a los extranjeros tocaban el tam-tam y el cornetín sin malas intenciones.

Bati entabló conversación con uno de los indios y le pidió que le condujera a la presencia del jefe de la tribu.

—No se puede, — replicó el indio —. Jefe tiene visitas y celebra fiesta. Tú quedar en esta choza hasta mañana.

Miguel adivinaba en la obscuridad un peligro y durante toda la noche se mantuvo despierto y vigilante. Sin embargo, conservaba todas sus energías y se disponía a afrontar con valentía todos los obstáculos que hallara en su ruta.

Miguel suponía y con razón, que Bomard conocía su presencia en el villorrio indígena y que yo estaría tramando o la fuga o alguna intriga para perderle. Al amanecer el joven ordenó a Bati que solicitara de nuevo una audiencia con el jefe de la tribu.

Esta vez el indio centinela acogió el de-

UNO DE LOS INDIOS cayó a un metro de distancia.

seo de Bati y condujo a los viajeros a la ruca de un indio joven, robusto y de aspecto guerrero.

Bati, que conocía el idioma de los otábalos, explicó al jefe que venía en busca de un hombre blanco, amigo de su amo y que si les indicaba dónde podían encontrarle, les obsequiarían todos los objetos que traían.

Miguel comenzó por mostrarle las baratijas, las vistosas telas y un gran quitasol que deleitó al jefe.

Llamando a uno de sus subalternos, el indio hizo servir a sus huéspedes una suculenta merienda con pan de arroz, pollos y un chanchito nuevo.

—Dinos dónde se encuentra el hombre blanco, — suplicó Bati.

El jefe movió la cabeza negativamente.

—Mi amo no te dará el quitasol, — repuso Bati; — si no le dices dónde está su amigo.

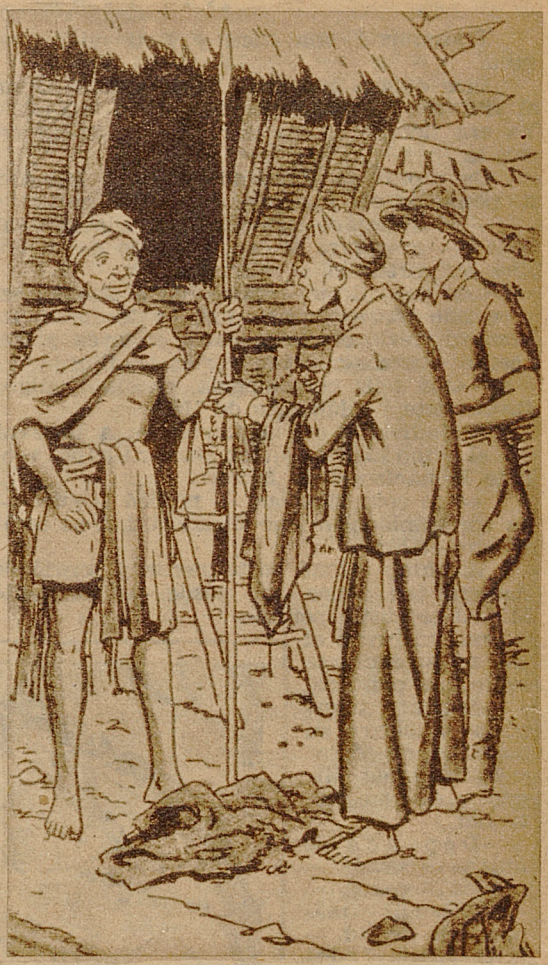
Después de un momento de vacilación el indio dijo:

—El jefe blanco está allá en el valle, cerca del torrente. Díle a tu amo que no le conviene ir...

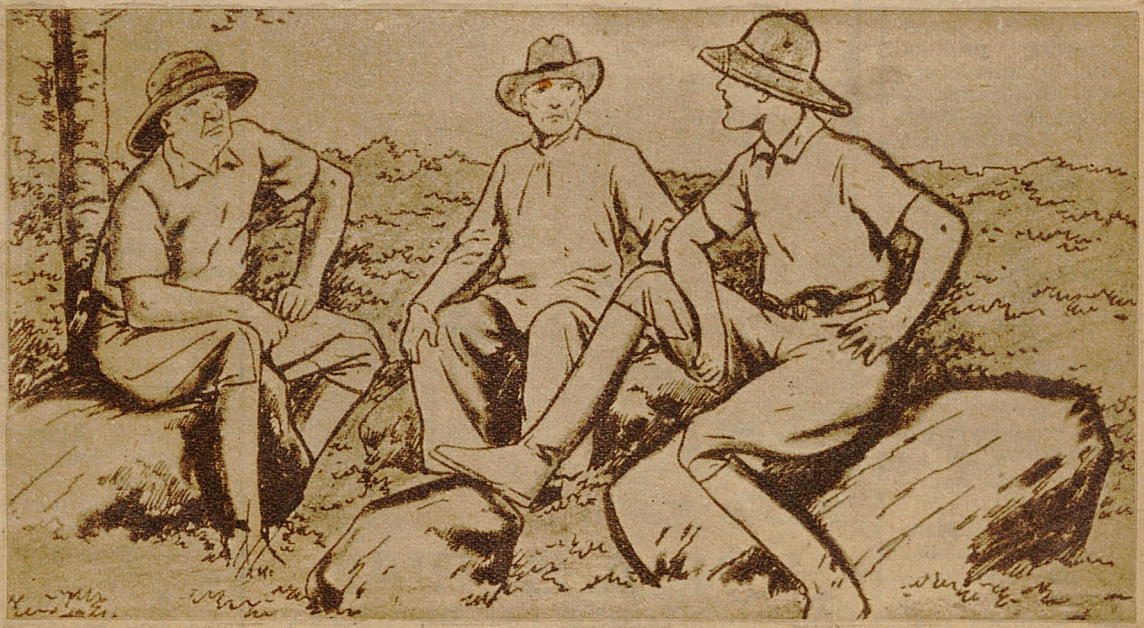
Miguel y Bati entregaron al indio todos los regalos prometidos y bajaron por la colina hacia el valle indicado. El joven Alceval cogió sus anteojos de larga vista y examinó los alrededores.

Cerca del torrente se hallaba el infame Bomard y otro individuo a quién sólo divisaba de espaldas. A diez metros de distancia vió un grupo de indios armados de lanzas escabullidos entre los peñascos contiguos al torrente.

—Bati, — dijo Miguel a su fiel criado; — vuelve al villorrio y trae a dos o tres indios prometiéndoles que les darás una buena recompensa si te acompañan. Mientras tanto yo me quedaré aquí y sólo avanzaré si advierto que Bomard pretende huir. Toma el camino más corto y apresúrate.



MIGUEL y BATI ofrecían al jefe indio baratijas y vistosas telas.



BOMARD INVITO A MIGUEL a sentarse sobre un peñasco.

Transcurrió una hora y Bati no regresaba.

Dios quiera que Bati haya podido llegar al villorrio, — murmuraba inquieto Miguel.— Ya era tiempo demás para que estuviese de vuelta.

De pronto el joven advirtió que Bomard se ponía de pie y se alejaba del torrente.

—No le dejaré escapar, suceda lo que suceda, — murmuró Miguel bajando de la colina en dirección al torrente.

Con paso firme, avanzó hacia el enemigo y cuando estuvo a pocos metros de distancia, Bomard volvió el rostro hacia el joven y con acento extremadamente cortés le dijo:

—Qué feliz coincidencia, querido amigo; justamente hablábamos de Ud.

El individuo que acompañaba a Bomard era el chino Li-Fu, a quien Bomard había vendido la hacienda de Moroco.

—Dos coincidencias, — replicó Miguel, — ya que también ha encontrado Ud. a su compañero Li-Fu.

El chino saludó cortésmente y sonrió de manera tan cínica que desde ese momento Miguel se sintió perdido.

Bomard invitó al joven a sentarse sobre un peñasco.

—¿Cuánto tiempo más durará su ausencia de Moroco?—interrogó Miguel a su administrador.

—Depende de muchas cosas, — replicó Bomard.

—Depende más que todo de Ud. — interrumpió Li-Fu, dirigiéndose a Miguel.

—No comprendo, — dijo el joven deseando prolongar la conversación en espera de la llegada de Bati.

—He sabido por su fiel amigo el Sr. Bomard, — comenzó el chino Li-Fu, — que Ud. perdió a su abuelo, don Leandro y que no teniendo ya ningún pariente en Colombia, piensa radicarse en Chile, con la familia de su madre.

Li-Fu hablaba lentamente y en correctísimo español.

—Me complace conocer por su boca mis intenciones futuras, porque yo las ignoraba aún, — repuso Miguel. —Continúe.

—Yo comunicaba al señor Bomard, — prosiguió Li-Fu, — mi deseo de proponer a Ud. un negocio... Un excelente negocio.

—Sé positivamente, — respondió Miguel, — que Ud. hace siempre excelentes negocios. Pero yo soy el único que debe opinar sobre si es excelente o no un negocio que me concierne.

—Supongamos que Ud. no considere conveniente lo que voy a proponerle, — dijo Li-Fu, con tono amenazante.

—Cambiamos de táctica y prefiero que hablemos francamente, — murmuró Miguel con altivez —. Pero antes permítame que haga una pregunta a Bomard. Yo sé que Ud. ha hecho nacer graves dudas sobre mi verdadera identidad en la familia de mi madre y le ruego que las disipe cuanto antes.

Bomard se cruzó de brazos y respondió cínicamente.

—¿Ud. cree que por el momento tengo yo interés en aclarar ese asunto?

—Su interés no está en juego, — repuso Miguel, — y le aseguro que si Ud. repara el mal que ha hecho no le molestaré. Ya no está vivo mi abuelo Leandro de Alceval para pedirle cuenta de sus actos. Sólo deseo que desvanezca las dudas que ha hecho nacer en mi abuelo Roberto Lunabella, quien se encuentra cerca de esta comarca. Afirme Ud. que yo soy su nieto y yo olvidaré el mal que me ha hecho. Le doy mi palabra de honor.

—¿Su palabra de honor? — exclamó Bomard. — ¿Qué vale para los de su clase? Ya ve Ud. que su abuelo Lunabella no supo guardarla y me delató...

—Mi abuelo Roberto no le delató a Ud., — protestó Miguel. — La carta suya cayó en manos indiscretas y yo la conocí...

—¿Y si no me place conceder a Ud. lo que me pide? — interrogó Bomard.

—Yo le obligaré, — gritó fuera de sí Miguel.

—Falta saber si puede hacerlo, — interpuso el chino Li-Fu.

—Al fin se muestra Ud. tal como es, víbora amarilla, — exclamó Miguel

LINDA SERIAL
DE AVENTURAS INTERESANTES

en el colmo de la irritación. —Déjeme examinar sus manos velludas y nudosas... Las reconozco... Ud. fué quien pretendió arrojarme al mar cuando viajábamos en el Santa Luisa... Sí, sí, le reconozco...

El chino Li-Fu se puso densamente pálido y guardó sus manos en las anchas mangas de su blusa.

Miguel alcanzó a divisar un puñal entre los pliegues de la manga.

—Ud. señor Alceval puede insultar a mi amigo y acusarle de todos los crímenes imaginables, — dijo Bomard —. Eso poco importa... Yo fuí quién di noticias falsas a su abuelo y yo ordené a Li-Fu que le hiciera desaparecer en el viaje a Colombia...

—Y también fuiste tú miserable, — gritó con vehemencia Miguel, — quién vendiste a ese chino las tierras de mi abuelo.

—Diga lo que quiera, — replicó el infame Bomard —. Ud. es como un muñeco de trapo en mis manos. Yo conocía todos sus proyectos, la ruta que ha seguido; las excursiones del indio Bati en el reducto de los otábalos. Le dejaba obrar y si no le hice aprisionar por el jefe de la tribu, fué porque Li-Fu y yo habíamos preparado esta entrevista.

—Los bandidos se entienden siempre muy bien, — declaró Miguel con desprecio.

—Mi pobre niño, — replicó Bomard; — no le queda otra cosa que someterse a la voluntad de estos dos bandidos. La fuerza está de nuestro lado.

—Lo veremos, — exclamó Miguel.

Sin embargo el valiente joven comprendía que se encontraba en grave peligro de perder su vida.

(CONTINUARA).

DE TAL PALO...

PAPA.—Tito, eres un pequeño glotón. ¿Sabes lo que es un pequeño glotón?
TITO.—Sí, papá; el hijo de un gran glotón.

CONCURSO DE LAS GRANDES FIGURAS DEL DEPORTE DEL N.o 1346.

Solución: Al primer cuadro, Mayo; al segundo, Gallo; al tercero, Carabantes; al cuarto, Caballero; al quinto, Téllez; al sexto, Carnera.

Entre los solucionistas se sortearon dos premios correspondiendo $ 5.— a Tomás Soza de Santiago y $ 5.— a Mario Zumelzú, de Chillán.

SOLUCION A LA SECCION PROBLEMAS DEL N.o 1346

EL BOMBO, por Sesso: 1 —Oruga. 2 —Orujo. 3 —Ostra. 4 Oveja. 5 —Orden. 6 —Ostro. 7 —Ornar. 8 Oreja.

EL SARGENTO CASCARRABIAS, por Tredo: A-A Atra. L-O Loco. P-O Pedro O-O Otoño.

Jeroglífico, por González: Una rata come al año 136 kilos de pan.

Jeroglífico, por Kalaf: Niña graciosa vale más que niña hermosa.

Rompecabezas

¿PARA QUIEN TRABAJA EL AFILADOR?

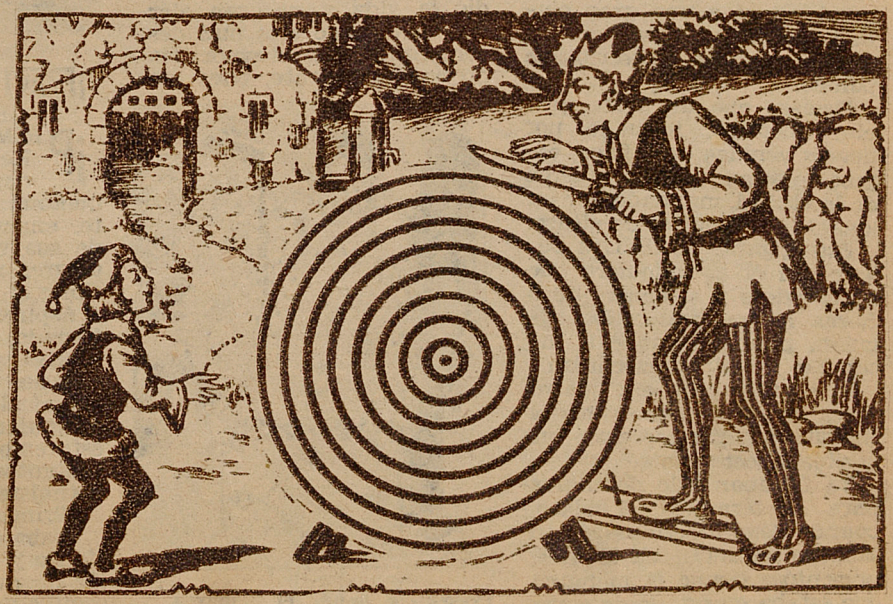
—¿De quién es ese cuchillo? — preguntó el paje Alamiro.

—Es del rey—respodió Pedro, el afilador.

—¿Dices verdad?

—Tan verdad, que aquí está él y su cocinero y dos cortesanos.

Decía verdad el afilador. Pueden ustedes comprobarlo abriendo los ojos. Y, haciendo girar el cuadro, verán girar el molinillo.



COLABORACION

HACE muchos, muchísimos años, vivía una pobre viuda, que tenía un hijo llamado Rolando, al cual no le gustaba trabajar, pero sí era muy adicto a las aventuras; a la sazón contaba con 18 años.

Un día le dijo a su madre:

—Madre yo veo que soy una carga para usted. No sé trabajar en ningún oficio y más vale que salga a rodar tierras en busca de fortuna.

Su madre, en un principio trató de disuadirlo, pero fué completamente inútil y pocos días después, partía de la casa materna.

Después de mucho andar, cansado, hambriento y extenuado, llegó a una gran ciudad, en la cual reinaba en esos momentos indescriptible pánico.

Decíase que un gran ejército enemigo, formado por negros venidos del Africa, estaba apostado en las afueras de la ciudad, mandado por un gigante de 4 metros de altura.

Este gigante invitaba a pelear con él a cualquiera que se atreviese y si dentro de 8 horas no se presentaba alguien, prometía saquear, incendiar y destruir la ciudad.

El ejército real era cuatro veces menos numeroso que el del sitiador, por eso érale imposible hacer frente.

Ya faltaban sólo dos horas para el término del plazo, cuando llegó Rolando. Este, al saber noticias tan alarmantes, presentóse donde el monarca que estaba en estado de suma nerviosidad; cuando supo que Rolando se presentaba a combatir con el jefe de los enemigos, su alegría no tuvo límites, agradeciéndole infinitamente su osadía, y lo poseyó de una larga espada, no sin antes prometerle que si vencía, le daría la mitad de su reino y la mano de su hija.

Al verlo entrar el gigante al lugar destinado al duelo, se puso a reír tan estrepitosamente que hizo vacilar en sus puestos a todos los circunstantes estremeciéndose de horror éstos al pensar en que su defensor sería quizás despedazado en manos de aquel monstruo.

A los primeros golpes, Rolando recibió un feroz empujón, que lo lanzó a varios metros de distancia, pero se levantó con tal prontitud, que su adversario más pesado, no alcanzó a rematarle.

Desde ese momento, Rolando cambió de táctica, empezando a huir del gigante, obligándole a dar vueltas y más vueltas, hasta agotarlo completamente. Ese era el momento esperado por su contricante, quien lanzándole su espada, enterrósela en el pecho del fiero duelista. De ese modo, el gigante perdió la vida y su gran ejército se entregó a la más desvergonzada fuga, desmoralizado completamente, pues creían que su amo era inmortal.

Presentóse donde el monarca...

Después de atravesar la multitud que lo ovacionaba, se encaminó directamente al palacio, donde era esperado por el rey, quien lo felicitó largamente por su feliz resultado en su difícil misión, presentándole en seguida a su hija, la princesa Isabel. Rolando e Isabel al verse, prendáronse al instante.

Poco después nuestro héroe pidió permiso inmediatamente al rey para ir en busca de su madre, y a su vuelta se celebraron las bodas de los jóvenes, en medio del regocijo popular, durando las fiestas cerca de una semana.

A la muerte del rey, gobernaron éllos al país y vivieron por el resto de sus años muy felices.

JORGE ROMERO BASAEZ.

¡PRIMAVERA!...

¡PRIMAVERA es alegría! Hela aquí, con su sonrisa de adolescente coquetona... Hela aquí, radiante, envuelta en las sutilezas de sus vestiduras policromas, alegre, muy alegre, con sus flores y sus trinos..

Aspiremos su aliento perfumado, hagamos nuestra su sonrisa, poseamos su alegría, ella nos la ofrece; pongámonos al alcance de sus efluvios de mujercita en ciernes... Y estaremos contentos, muy contentos, contagiados con su optimismo.

¡Primavera es trabajo!

Trabajemos: labremos la tierra y sembremos la semilla de nuestros ideales... La semilla germinará en ese tien-

DIBUJO SEMANAL

tre fecundo y sus cotiledones, curiosos, se asomarán a la superficie; las cálidas caricias del sol la confortarán; nosotros, labradores cariñosos, ofrendémosle nuestros más solícitos cuidados, y ella crecerá, pletórica de savia... ¡Cultivémosla!

Y vendrá y pasará el estío, fuerte, viril, con su canícula interminable...

Y llegará el otoño gris, en su carroza de hojas secas, azotándonos con un hálito de brisa olor a frutas maduras...

Y nosotros cosecharemos las dádivas de nuestro árbol...

Y vendrá el invierno, enjuto y trémulo, castañeteando sus encías sin dientes...; nuestras cabezas se cubrirán de nieve y las ráfagas glaciales del nuevo rey nos azotarán inclementes... Estaremos viejos...; y, a pesar de todo, muy contentos, llenos de gozo, saboreando el fruto de nuestro esfuerzo: admirando nuestros ideales hechos realidad.

¡Primavera es amor!

Y ahí está Cupido, rollizo, con su piel sonrosada expuesta a las caricias de Natura, su clásico carcaj a la espalda, entre sus alitas de armiño; y el arco tenso, entre sus manecitas expertas. Sus ojillos vivarachos y avizores miran algo, algo que no se divisa, algo escondido entre los rosales, cuajados de copos blancos...

Zumba la flecha certera e irremediable...

Suena, entonces, un beso, un beso muy prolongado que la brisa aprisiona entre la tersura de sus manos y lo lleva lejos, fluctuando en el ambiente saturado de perfumes y modulando una canción al rozar la maraña de los rosales...

Y el Amor sonríe, da un saltito lleno de gracia, aletea, y se esfuma, lanzando una carcajadita irónica...

¡Y la primavera sonríe, también, en las corolas temblorosas de las rosas!...

OVAGUZ.

La adivinanza de un tonto

HABIA una vez una señora que tenía un hijo muy tonto llamado Juan.

Un día el Rey ofreció una bolsa de oro para aquel que le dijera una adivinanza.

Juan dijo a su mamá:

—Madre, voy a ir donde el Rey para decirle una adivinanza.

La madre le dijo:

—Anda para que te corten la cabeza.

Se fué el tonto muy contento.

Había andado un poco cuando se encontró con un zueco, más allá una calavera y una diuca que estaba cantando.

Juan pensó un poco y se dijo: aquí tengo la adivinanza.

Se fué el tonto muy contento...

El tonto llegó al palacio del Rey y dijo:

—Buenas tardes, mi buen Rey.

Entonces el Rey le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Vengo a decirle una adivinanza, mi buen Rey.

—A ver, dila.

—Zuecos andando, calavera y diucas cantando.

El Rey no pudo adivinarla y preguntó al tonto lo que quería decir.

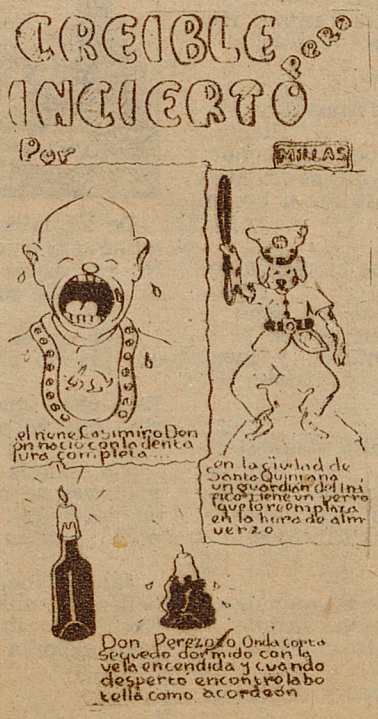
Juan le relató su historia.

Entonces le dijo el Rey:

—Tuya es la recompensa.

El tonto vivió muchos años muy feliz con su madre.

TARZAN.



Como una primavera

Yo quisiera que fuésemos
como una primavera,
juguetona, riente,
henchida de existir.
Tú serías un árbol,
yo sería una hoja,
danzarías al viento,
danzaría yo en ti.

Yo quisiera que fuésemos
eterna primavera.
Tú la fuerza soberbia,
yo el arrullo sin fin.
Donde tú seas río,
ser sólo una cadencia,
donde seas montaña,
yo granito sutil.

Yo quisiera que fuésemos
como una primavera,
henchidos de armonía,
radiantes de ilusión.
Para ti lo infinito,
lo más bello del mundo;
para mí lo más dulce,
en tu gozo vivir.

AMADA ARONOWSKY.

CUENTO REAL

Gimiendo, en un castillo, sombría y vaci-
[lante
se encuentra una princesa, la hermosa Leo-
[nor,
que ha sido secuestrada por un cruel gigante,
dejando a los dos reyes sumidos en dolor.

El Rey ofrece tierras, la mano de su hija,
y todo cuanto gusten y sientan poseer:
a aquel varón que sálvela y su camino rija
trayéndole a su alcázar de oro y rosicler.

Soldados, nobles, príncipes famosos y va-
[lientes,
por sendas diferentes van en pos de Leonor;
y el príncipe Ricardo, de faz y ojos sonrientes,
se aleja en su caballo buscando cruz u honor.

Se interna por los bosques, los montes atra-
[viesa,
camina días, días, hasta que al fin llegó
al pie de un gran castillo, en donde a la
princesa sonriendo, en la ventana, y luego
[triste vió.

¡Mirad! — dice la joven, — allá viene el gi-
[gante,
huid antes que os mate, es bélico y cruel;
asalta y da la muerte a todo caminante...
¡Salvad la vida, príncipe, aleja tu corcel!

Ricardo no acobarda al ver a su enemigo
armado de un acero y en rápido alazán;
le acorta su camino, — y ante el Dios tes-
[tigo, —
levanta su áurea espada al frente del titán.

Los céleres corceles se unieron a la liza,
Leonor quedó asombrada y el campo verde-
[gay,
la cara de Ricardo se cubre de sonrisa
al ver caer a su adverso lanzando un tétrico
[¡ay!...

Apeóse el joven príncipe, y con su altiva
[espada
cortóle la cabeza, las llaves le sacó,
y fué abriendo de a una toda puerta cerrada
hasta que a la princesa, de su alma amor,
[halló.

Volvieron a palacio cubiertos de loores,
casábanse en seguida Ricardo y Leonor;
hubo grandiosas fiestas, reinaron con honores
y fueron muy felices y leales en amor.

MAXIMO MORENO M.

De los labios de una india araucana,
monótona y cadenciosa se escapa...
No es cantar de pájaros ni croar de ranas
la melodía suave que mis oídos atrapan.

Deja en el alma un recuerdo imperecedero,
aunque no brinda entusiasmo ni gran emo-
[ción.
Es música que no nace de la boca,
sino que se engendra en el corazón.

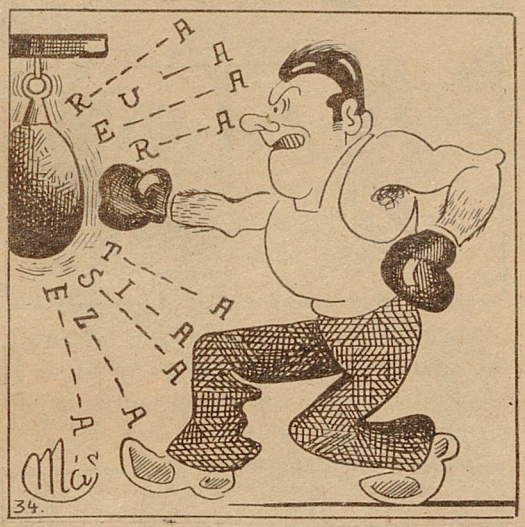
Allí, donde los copihues lucen sus corolas
y graves se remecen los canelos,
en esa tierra tan pródiga en bellezas,
nació esta música, grandeza de su suelo.

Valor tiene, porque es original,
belleza también porque nace del corazón.
Exenta de influencias, exenta de mal,
¡Oh, melodía india! te alabo con amor...

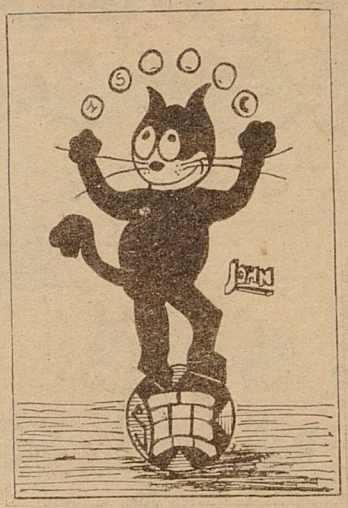
BRIOX.

PROBLEMAS

EL BOXEADOR, por Mas.



R-A. Rasgo después de la firma. U-A. Fruto de la vid. E-A. Extenso llano sin cultivo. R-A. Instrumento para hilar. T-A. Artificio para cazar. I-A. Acción de ir. S-A. Cierta composición de música. E-A. Parte de un acto. Z-A. Cencerro grande.

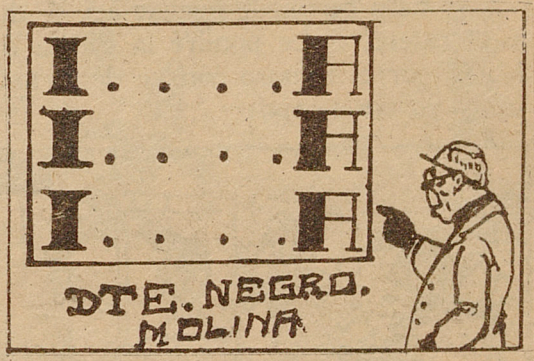


EL GATO FELIX, por John.

Letra inicial S.

1.—Falto de compañía. 2—Señal de auxilio. 3—Naipe que lleva la figura de un infante. 4—Que goza de buena salud. 5—Antigua ciudad de Arabia en el Yemén.

EL LECTOR, por Diamante Negro.



1. Morador de un lugar. 2. Malvada, injusta. 3. Sarcasmo, burla.

Concurso de las Grandes Figuras del Deporte

POR WELTE.

Este concurso consiste en descifrar los jeroglíficos que damos en esos seis cuadros de figuras muy conocidas en el deporte.

Se dará un premio de $ 5.— al dibujante y se sortearán dos premios de $ 5.— cada uno, a los que envíen soluciones exactas.

Al primer cuadro: Atleta peruano.

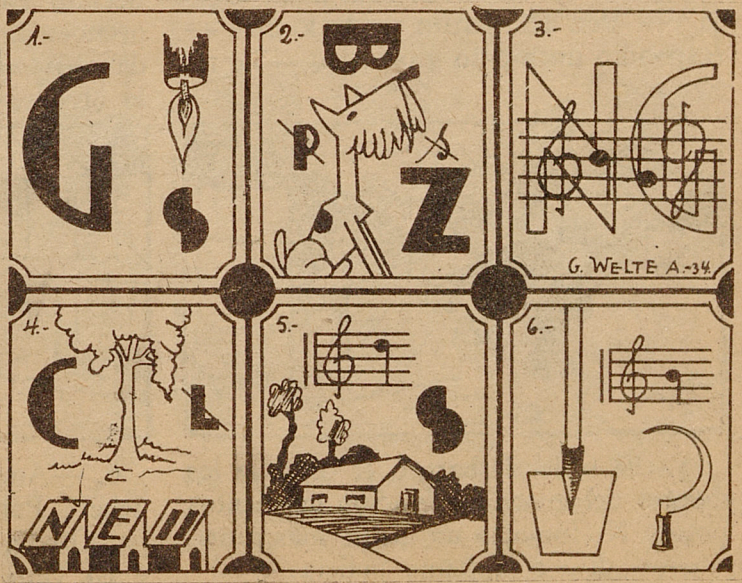
Al segundo cuadro: Nadador chileno.

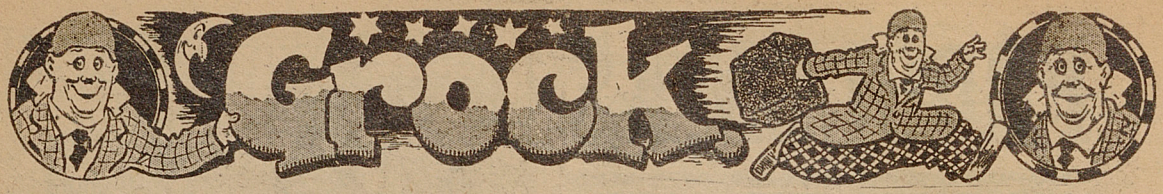
Al tercer cuadro: Ex campeón mundial de box.

Al cuarto cuadro Footballer nacional.

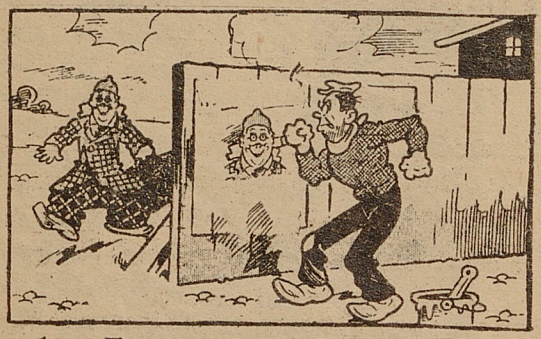
Al quinto cuadro: Campeón ecuatoriano de box.

Al sexto cuadro: Baskesballista chileno.

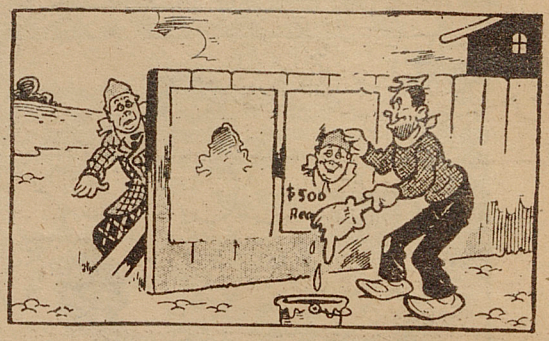




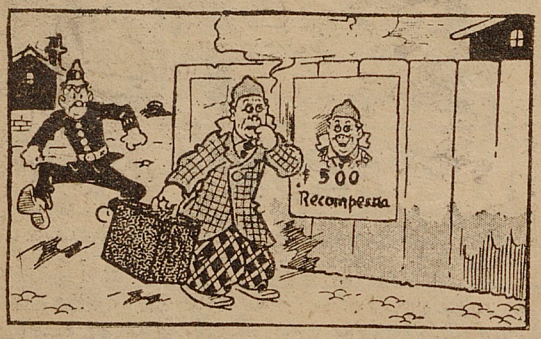
EL COMICO MARAVILLOSO



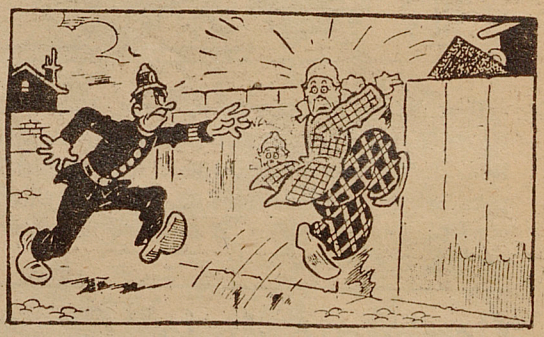
1. —Esto no puede quedar así — dijo el ratero. —Le pondré la oferta de $ 500, por el famoso cómico de la maleta y yo me escapo.



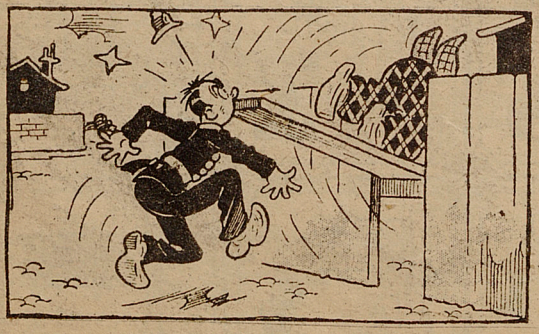
2. Sacó el letrero en que se anunciaba una película de Grock y puso bajo el retrato del cómico el anuncio de la recompensa ofrecida.



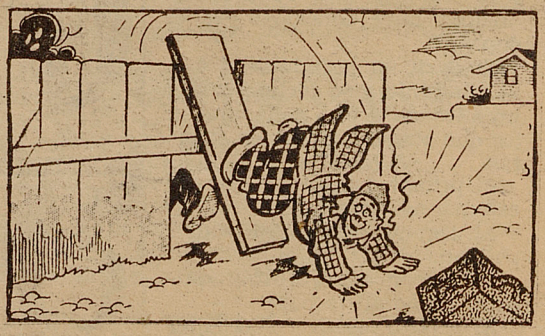
3. —¿Qué veo? — exclamó Grock. —¿Quién me ha hecho esta mala jugada? — Ven acá, patito, yo te lo diré — respondió un atento guardián. —Te reconozco.



4. —No me conviene tu amistad — decidió Grock. —Lo mejor será emprender la retirada por donde se pueda. En mi juventud fuí acróbata y no lo olvido.

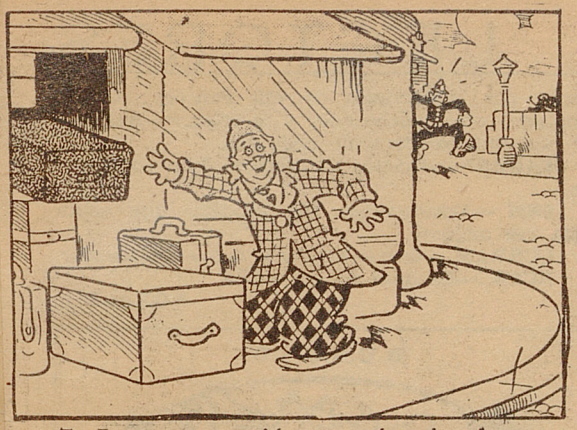


5. El salto desbarató el cerco y los dientes del guardián. —Son quinientos pesos. No importa un diente más o menos — dijo el valiente policía.

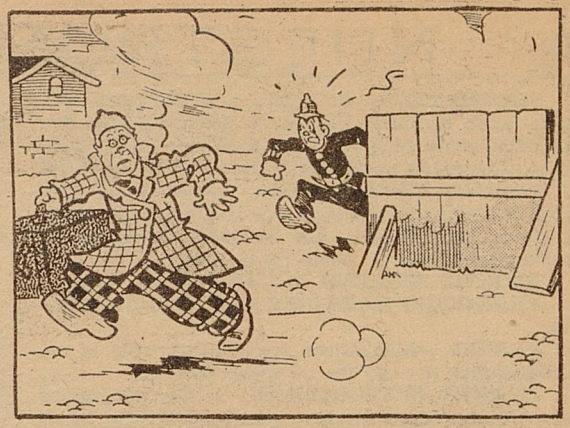


6. —Adelante en el cumplimiento del deber. Pero no era tan sencillo el asalto. Otro golpe le dislocó el dedo pulgar y así, vamos corriendo...

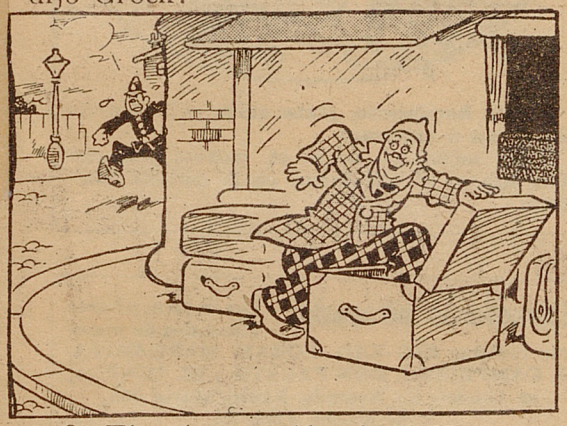
GROCK, EL COMICO MARAVILLOSO



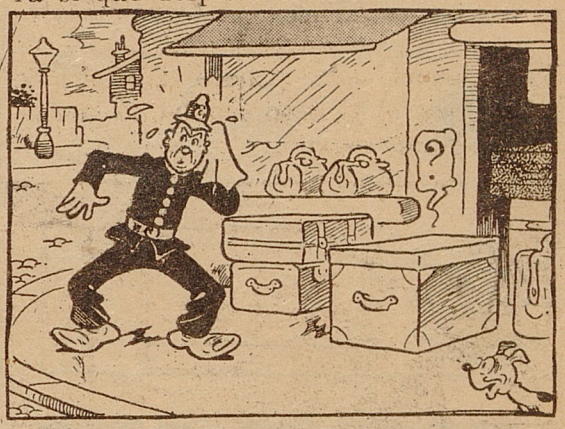
7. La persecución seguía sin descanso. —Ya no te escaparás — decía el perseguidor. —¡Aguárdate... ya verás! —¡Parece que no se va a poder!— dijo Grock.



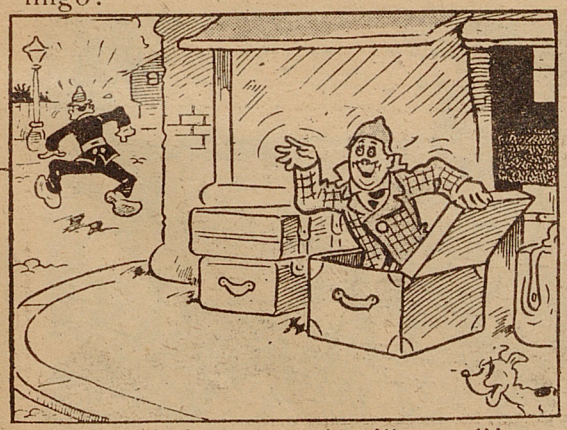
8. Doblando la esquina se encontró con una maletería. Colocó la propia y se coló dentro de la más grande. —Ahora sí que despisto al sabueso.



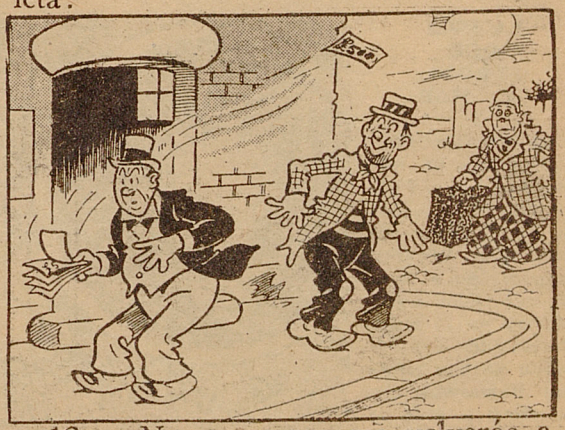
9. El sabueso olfateó. —Ya parece que lo voy alcanzando. No se me escapa. Los quinientos pesacotes serán para mí. ¡Aguárdate! ¡Vení a juate conmigo!



10. —¡Bumbum! ¿Qué se hizo? Ya esto es mucho correr. Me ha hecho sudar tinta. —¡Como que tendrías harta mugre! — gruñó el cómico de la maleta.



11. —A éste ya no lo pillo — dijo por fin el guardián. —Mejor será que lo deje para otra ocasión. —Haces muy bien, guarisapo — dijo Grock, asomándose.



12. —No creas que me volverás a ver. Grock siguió su camino. Al llegar al Banco vió salir a un palo grueso. —Se le voló un billete y...

(CONTINUARA).

$1500

A NUESTROS LECTORES

SERGIO PEÑA.—Su poesía a «O'Higgins», firmada como si fuera original de usted, ha sido denunciada como plagio a José A. Socias. Esta poesía se encuentra en el Libro de Historia de Chile de Francisco Valdés Vergara. Lamentamos que usted proceda con engaños y le rogamos que cuando envíe producciones que no sean suyas, tenga la honorabilidad de declarar el autor.

MAXIMO MORENO M.—Buenos sus versos.

FRANCISCO MARTINEZ.—Se dará lo que envía.

SANTEL.—Magníficos sus dibujos; sólo le recomendamos que no les dé tanta sombra .. ....

GLADYS BELVEDERESSI. — La aceptamos como colaboradora siempre que no prodigue tanto los adjetivos. Envíe algo más sencillo y sin «astro rey» y lo publicaremos.

ENEAS NOVELLA.—Agrádecemos sus felicitaciones por las seriales de «El Peneca». Queda aceptado como colaborador y le rogamos que envíe una sola colaboración cada vez.

TARZAN.—Buenos sus versos. Irán en Charlas.

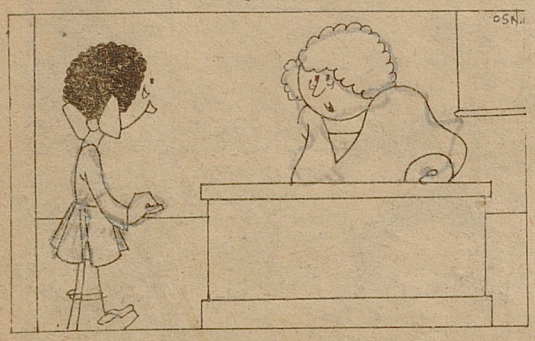
SEM.—Agradecemos sus dibujos, que están cada vez mejores.

LURBAM.—Queda aceptado como colaborador.

BUCK.—Se dará lo que envía.

ROXANE.

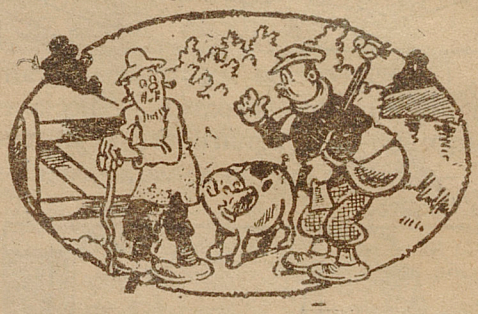
NOTA COMICA DE LA COCOA PEPTONIZADA «RAFF», el alimento de chicos y grandes.



La profesora.—Bueno, dígame: ¿quién fué el que convirtió el agua en vino?

La hija del cantinero.—Yo lo sé, señorita: mi papá.

DUDOSO



—Mire, hombrecito, ¿sabe quién es el muerto que llevan a enterrar?

—Con seguridad, no lo sé, patrón, pero me tinca que es el que llevan en la carroza mortuoria.

Ejemplares atrasados Los ejemplares atrasados de nuestras revistas ZIG-ZAG, ECRAN, MARGARITA, EL CAMPESINO, DON FAUSTO y EL PENECA, se venden en Avenida Santa María 076 y en Nueva York 35.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG.

ALGO NUEVO EXTRAÑO, PERO CIERTO

LA ISLA QUE SURGIO DEL MAR Y DESAPARECIO

Una tarde de noviembre, en 1912, los negros de la costa de Chatam (en Trinidad) huyeron despavoridos al sentir una violenta explosión en el mar. El estallido fué seguido de una enorme llamarada que se elevó a más de cien pies de altura. Después de ocultarse durante varios días, los nativos volvieron a la playa y vieron, estupefactos, que había surgido una gran isla. El gobernador de Trinidad tomó posesión del nuevo territorio e izó el pabellón británico. Al poco tiempo, la isla se desvaneció como un castillo de arena.